

ANDRÉS POCIÑA PÉREZ
JESÚS M.^a GARCÍA GONZÁLEZ
(eds.)

EN GRECIA Y ROMA, V:
HOMBRES NOTABLES

GRANADA
2015

© LOS AUTORES.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
EN GRECIA Y ROMA, V; HOMBRES NOTABLES.
ISBN: 978-84-338-5789-7.
Depósito legal: GR./ 931-2015.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Maquetación: CMD. Granada.
Diseño de cubierta: Josemaría Medina Alvea.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

PRÓLOGO

Escribimos esta breve nota de presentación al libro *En Grecia y Roma V*, en una tarde de enero del año 2015; a través del ventanal percibimos un amplio espacio del cielo de Granada, que está extrañamente gris, quizá melancólico, sin duda triste; nos damos cuenta al instante de que viene a ser el reflejo de nuestro momento interior, mientras buscamos las palabras de un tipo de prólogo o introducción que escribimos por sexta vez, el de los libros de esta hermosa serie, que es casi seguro que concluye aquí, con este volumen y con estas palabras.

Encima de la mesa tenemos el conjunto de los cinco volúmenes precedentes, todos ellos publicados por la Editorial de la Universidad de Granada: *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica* (1996), *En Grecia y Roma, I: las gentes y sus cosas* (2003), *En Grecia y Roma, II: lecturas pendientes* (2008), *En Grecia y Roma, III: mujeres reales y ficticias* (2009), *En Grecia y Roma, IV: la paz y la guerra* (2013). El primero de ellos contenía los trabajos presentados en un ciclo de conferencias organizadas por las Delegaciones de la Sociedad Española de Estudios Clásicos de Granada y de Málaga, en los tres primeros meses de 1995, es decir, hace ahora justamente veinte años; los otros cuatro, junto con este que presentamos ahora, contienen, salvo rara excepción, los trabajos de carácter monográfico realizados a petición nuestra por profesoras y profesores de las tres Universidades y de algunos Institutos de Bachillerato de las tres provincias que comprende nuestra Delegación de la SEEC, es decir, Almería, Granada y Jaén.

Ahora, a punto de mandar a la imprenta un volumen dedicado a una selección arbitraria, al gusto de nuestros colaboradores, de

hombres notables de Grecia y de Roma, paralelo y complementario del muy elogiado y bien recibido vol. III, que ponía en escena una serie curiosa de mujeres reales y ficticias, repasamos en los Índices los nombres de autoras y autores de estos volúmenes y lo primero que nos llama la atención es la constancia con que permanecieron fieles, a lo largo de estos veinte años, buena parte de ellos, cuyos trabajos aparecen en la totalidad o en la mayoría de los volúmenes, ocupando sus raras u ocasionales faltas (con excepción de las obligatorias producidas por las lloradas faltas del Prof. Jesús Lens Tuero y de la Profa. María Luisa Picklesimer), jóvenes que fueron incorporándose al profesorado y a la investigación a lo largo de ese ya bastante dilatado período de tiempo. Todas y todos respondieron a nuestra invitación con absoluta generosidad, sin haber recibido ningún tipo de recompensa económica, y prestando siempre, además de su entusiasmo, a menudo su colaboración en la realización práctica de los cursos. A ellas y a ellos corresponde el gran éxito que han alcanzado todos y cada uno de los interesantes volúmenes resultantes. Sin que esto deba interpretarse forzosamente como una despedida, queremos ofrecer aquí la lista completa de colaboradoras y colaboradores, señalando en cada caso el número de sus trabajos que presentan nuestros seis volúmenes: Antonio Alberte (1), Minerva Alganza Roldán (3), Antonio de Padua Andino Sánchez (2), Inmaculada del Árbol Fernández (3), M.^a Carmen Arias Abellán (1), Inés Calero Secall (1), José M.^a Camacho Rojo (3), Francisco Javier Campos Daroca (2), Pedro Castillo Maldonado (4), Rafael Chenoll Alfaro (1), M.^a de los Ángeles Durán López (1), Birgit Linda Emberger (2), Francisco Fuentes Moreno (3), Jesús M.^a García González (6), José Carlos García Recio (1), M.^a del Carmen García de Sola (4), José González Vázquez (3), Carmen Hoces Sánchez (1), Lorena Jiménez Justicia (1), M.^a José Lago Eizaguirre (1), Jesús Lens Tuero (1), Aurora López (6), Inmaculada López Calahorro (3), Juan Luis López Cruces (3), Manuel López Muñoz (2), Concepción López Rodríguez (3), Francisco Maldonado (1), Raúl Manchón Gómez (3), Manuel Molina Sánchez (5), Eva M.^a Morales Rodríguez (3), M.^a Nieves Muñoz Martín (5), Héctor F. Pastor Andrés (2), Mauricio Pastor Muñoz (5), Leonor Pérez Gómez (1), Aurelio Pérez Jiménez (1), M.^a Luisa Picklesimer Pardo (2), Andrés Pociña (6), Alberto J. Quiroga Puertas (1), Pedro Resina Sola (5), M.^a Dolores Rincón González (3), Rosalía Rodríguez López (5), Amalia Rodríguez Pareja (3), Elena Rodríguez Peregrina (1), José Manuel Rodríguez Peregrina (4), Lucía Romero Mariscal (5), Ildefonso David Ruiz López (1), Francisco Salvador Ventura (4), José A. Sánchez Marín (4), Juan J. Valverde Abril (2), Miguel Villena Ponsoda (1).

Con no menor entusiasmo queremos expresar, igual que en todos los volúmenes anteriores, nuestro agradecimiento a todo el personal de la Editorial de la Universidad de Granada, que siempre acoge con todo interés nuestras publicaciones y sabe disculpar con su afecto nuestras exigencias, y de forma especial a su directora, Dra. Doña María Isabel Cabrera García. Y no podemos olvidar de ningún modo la gran ayuda que nos presta siempre don José Antonio Belmonte Márquez, secretario del Departamento de Filología Latina, tanto en la organización de los cursos como en la disposición y ordenación de los últimos volúmenes.

Granada, enero de 2015

Andrés Pociña Pérez
Jesús M.^a García González



Arador de Arezzo. Estatuilla en bronce (s. VI a.C.).
Museo de la Villa Giulia (Roma).

COLUMELA

ANTONIO DE PADUA ANDINO SÁNCHEZ
IES Alba Longa, de Armilla (Granada)

1. Poco se sabe de la vida de Columela; y casi todo procede de su obra. Conocemos el nombre completo, Lucio Junio Moderato Columela, su nacimiento en el municipio de Cádiz, la existencia de un familiar, un tío paterno (*patruus*) y su vinculación con unos pocos pero influyentes amigos. Su posición social y sus inquietudes tanto literarias, políticas y sociales, como sobre el tema que le ocupa, la cosa agraria, apenas alcanzamos a esbozarlas por los trazos de su propia pluma.

Avalan su filiación gaditana dos pasajes de su obra: en el libro octavo (VIII, 16, 9), hablando del pez gallo (*faber*), dice que “se incluye entre los peces de mejor clase en nuestro municipio de Cádiz (*in nostro Gadium municipio*)”; y, luego, en el libro décimo (X, 18, 5) al referirse a una variedad de lechuga que se cultivaba en Cádiz, dice: “y la de mi tierra, la que produce Cádiz en su litoral tartésico” (*et mea, quam generant Tartesi litore Gades*). Según Dión Casio (XLI, 24, 1), Julio César en el año 49 a.C. había concedido la ciudadanía romana a todos los de Gades como premio a su fidelidad en la guerra contra Pompeyo. Plinio el Viejo (IV, 119) utiliza la denominación oficial de municipio con los términos “*Augusta Urbs Iulia Gaditana*”; la alusión a Julio César y a Octavio Augusto podría suponer, según algunos estudiosos, las aportaciones respectivas de ambos dirigentes: la concesión de la ciudadanía romana a sus habitantes por parte de César y la consideración administrativa de *municipium* por obra de Augusto (F. Rodríguez Neila 1997: 52).

Del saludable nivel socioeconómico de sus conciudadanos en época de Augusto nos llega el testimonio de Estrabón (III, 5, 3), basándose posiblemente en el censo efectuado en el 28 a.C., según el cual “se contaron quinientos gaditanos de rango ecuestre; lo que no había en ninguna ciudad de Italia, exceptuando *Patavium* (Padua)”.

2. Columela era ciudadano romano y pertenecía a la clase ecuestre. Ante la disminución de sus efectivos, “Calígula admitió a los hombres más destacados de todo el Imperio —incluso de fuera de Italia—, tanto por linaje, como por riqueza, en el orden ecuestre” (Dión Casio LIX, 9, 5). Por su parte, Claudio reorganizó la carrera militar de los caballeros, asignándoles el mando de un ala, después de haber ejercido el de una cohorte, para culminar la carrera militar con el tribunado de una legión (Suet. *Claud.* 24, 1). Con esta graduación, el más alto rango honorífico otorgado a un miembro del *ordo equester*, figura Columela en la única fuente externa a su obra. Se trata de la lápida conmemorativa de su muerte en Tarento, hoy perdida, pero recogida en el C.I.L. IX 235 (=Dessau 2923), que reza así:

L.IVNIO.L.F.GAL.
MODERATO
COLUMELLAE
TRIB.MIL.LEG.VI FERRATAE

“A Lucio Junio Moderato Columela, hijo de Lucio, de la tribu
Galeria, tribuno militar de la legión VI *Ferrata*”.

En primer lugar, aparecen el *praenomen*, *nomen* y los dos *cognomina* completos; el *nomen* está vinculado a la *gens Junia*, muy presente en la zona de Gades, donde se han encontrado 15 inscripciones sepulcrales con el nombre femenino de *Iunia* y dos con el masculino de *Iunius* (J. González 1982). De esta misma *gens* era también, al parecer, Moderato de Gades, filósofo neopitagórico, que vivió en la segunda mitad del siglo I d.C. (Enrique A. Ramos 2003: 160), cuyo cognomen *Moderatus* era tan común que se ha conservado en numerosas inscripciones de personas que habitaban Hispania, África y la Galia; sin embargo, el segundo apodo, *Columella*, que comparte con su tío Marco Columela, y que es por el que se le conoce habitualmente, no es nada corriente y lo identifica sin margen de duda.

En segundo lugar, la lapida funeraria nos habla de su pertenencia a la tribu Galeria, oriunda de Gades, y su adscripción a la legión VI, llamada *Ferrata*, que acogía en sus filas precisamente a soldados de Hispania. Las alusiones personales en la propia obra (XI, 10, 18) de haber presenciado “con sus propios ojos” (*ipse vidi*) sembrar ajonjolí en los meses de junio y julio en Siria y Cilicia, coinciden también con los mismos lugares donde estuvo destinada la legión VI. Así lo

confirma un capítulo de los *Annales* de Tácito (*Ann.* II, 79), que nos dice que esta acampaba ya en Siria en el año 19 d.C. y otro episodio (*Ann.* VI, 41), que nos permite conjugar varios datos más: en el año 36 d.C. los cietas, habitantes del oeste de Cilicia, se rebelaron contra el rey Arquelao de Capadocia, y Vitelio, gobernador de Siria, envió a reducirlos al legado Marco Trebelio al frente de 4000 legionarios y tropas auxiliares escogidas hasta asediarlos y someterlos por la espada y por la sed. El texto nos pone en relación ambos lugares citados por Columela, Siria y Cilicia, y el nombre de Marco Trebelio, legado de una legión, posiblemente la VI, de la que, según la inscripción de Tarento, Columela llegaría a ser tribuno militar. De ahí podría deducirse la relación de paisanos y “*compañeros de armas*”, que podría tener su reflejo en el trato de amigo entrañable (*noster Marcus Trebelius*) con el que lo nombra en su obra (V, 1, 2). Egipto (II, 11, 3) o la Galia (IV, 33, 6) fueron países que es posible que también visitara.

Después vendría su establecimiento y evidente elevada posición social en la capital del Imperio, donde desarrollaría su vocación de hombre más pendiente de los estudios y de sus explotaciones agrícolas que de ambiciones públicas. Para poder dar el salto “supraprovincial”, la única condición necesaria era que “sus rentas estuvieran suficientemente garantizadas como para permitir una costosa instalación en la gran ciudad” (P. Grimal 2013: 52).

3. Sin embargo, en época del emperador Claudio ser provincial no estaba del todo bien visto entre la gente principal de Roma [*TEXTO 1*]. En el año 47, dos años antes de que Séneca fuera llamado del exilio para ocuparse de la educación del joven Nerón, Tácito nos descubre cómo para las escasas familias nobles que quedaban todavía en Roma de tiempos remotos (*residuis nobilium*), o para algún que otro senador económicamente venido a menos, aquellos nuevos ricos que acudían a la metrópoli solicitando incorporarse al Senado y formar parte de la élite política, eran vistos de un modo despectivo como “ricachones” (*oppleturos omnia divites illos*), extranjeros que venían a desplazar a los verdaderos romanos, a la auténtica casta romana (*Romana indoles*). La respuesta que siguió del emperador para atemperar los ánimos es también un ejemplo de cómo esta población foránea había calado lentamente en las mismas estructuras del Estado, al punto de que el propio Claudio destacase entre los muchos servicios prestados por los provinciales al clan gaditano de los Balbo, cuyos descendientes seguían instalados en Roma (*Ann.* XI, 24, 1-7).

En Columela el carácter provincial no es un baldón, sino un recuerdo y reconocimiento de unas raíces que adornan su *status* social en la metrópoli. Las seis referencias a su tío Marco Columela, cuya labor se desarrolló siempre en la Bética, aparecen esparcidas por toda la obra cual canon o ideal del perfecto agricultor para el público de potentados residentes en Italia, al que va dirigida: a) en el libro segundo (II, 15, 4) llama a su tío “*doctissimum ac diligentissimum agricolam*”; b) en el libro quinto (V, 5, 15) lo califica de “hombre erudito en ilustres disciplinas y esmeradísimo agricultor de la provincia Bética”; c) en el libro séptimo (VII, 2, 4) nuevamente lo nombra como “hombre de aguda inteligencia y agricultor de fama”; d) y, finalmente, en el libro duodécimo y último (XII, 21, 4-5) otra vez lo llama “ilustre agricultor”, citándolo dos veces más (XII, 40, 2 y XII, 44, 5-6), siempre como modelo a seguir en las tareas de elaboración y conservación de los productos del campo.

De su pertenencia al Senado apenas nos consta una ligera alusión (I 1, 19), aunque sabemos de su relación con altas personalidades del orden senatorial, como Séneca, su hermano Junio Galión, el “viejo consular y hombre riquísimo” Publio o Lucio Volusio, según antiguas ediciones (Tac. *Ann.* XIII, 30, 2), del que “recuerda haber oído” hablar de temas agrícolas (I 7, 3), y el ambicioso Eprio Marcelo, al que según nota que aparece en los mejores manuscritos, después del índice de contenidos colocado al final del volumen undécimo, dedica un libro aparte sobre el cultivo de las viñas y los árboles. La nota dice así: “además de los 12 libros de la obra, hay un libro aparte dedicado a Eprio Marcelo sobre el cultivo de las viñas y los árboles (*praeter hos duodecim libros singularis est liber ad Eprium Marcellum de cultura uinearum et arborum*)” (A. Holgado 1988: XX). Eprio Marcelo y Consuciano Capitón, este último yerno de Tigelino, protagonizarían el acoso y condena de Trásea Peto, senador y líder de la secta estoica tras la muerte de Séneca. Ambos, instrumentos serviles de Nerón, se erigieron en nuevos cabecillas del Senado. Que Columela le dedicara un *liber singularis* a semejante personaje podemos explicárnoslo en la frase que Tácito revela sobre su implacable influencia: “incluso hombres honrados los seguían por miedo” (*Ann.* XVI, 26).

4. Columela se presenta en su obra como un agricultor rico y culto, que plasma por escrito sus conocimientos bibliográficos, cotejándolos con su propia experiencia, para instruir a otros tantos notables de su época, aficionados a la agricultura (*compluribus agriculturalionis studiosis*). Él mismo confiesa haber poseído tres fincas en la región del Lacio cerca de Roma, en las ciudades de Ardea,

Carseoli y Alba (III, 9, 2: *in Ardeatino agro, quem multis temporibus ante possedimus, et in Carseolano itemque in Albano*) y un *praedium* probablemente junto a la ciudad etrusca de Caere.

No sabemos nada de cierta gente principal que cita: como Publio Silvino, al que nombra 26 veces, encabezando siempre cada libro nuevo que va publicando independiente y sucesivamente, y al que Columela dedica toda su obra; o como el joven Claudio Augustal, responsable de que pasara a prosa lo tratado en el libro X en verso. Sin embargo, de su vinculación con Séneca, nacido en torno al cambio de Era (P. Grimal 2013: 61), y, sobre todo, de la del hermano de éste, un poco mayor, Junio Galión, al que cita al final del libro noveno como “*Gallio noster*”, con la familiaridad y cariño propio de un trato “*inter aequales*”, no sólo deducimos que la edad de nuestro escritor no debió de diferir mucho de la de ellos, sino que tenían en común un mismo nivel social, procedencia y filosofía política. Como Columela, la familia Anneo pertenecía al orden ecuestre y era de condición provincial (*Ann.* XIV, 53). E, igual que toda población que vivió las guerras civiles dirimidas en suelo hispano, Gades y *Corduba* también estuvieron divididas entre los partidarios de César y los partidarios de Pompeyo. Lucano, sobrino de Séneca, inmortalizó en su *Farsalia* la reivindicación de un modo de llevar los asuntos del Estado, fundamentándose en la autoridad tradicional de la Constitución Romana, del *Senatus Populusque Romanus*, frente al estilo demagógico y, a la postre, tiránico, de los emperadores inmediatamente anteriores, Calígula y Claudio, que gobernaron apoyando el poder imperial en las armas y el populacho (J. Masters 1992: 87-88); proyecto político que coincide con el discurso, que Nerón pronunció en la Curia (*Tac. Ann.* XIII, 4-5), para inaugurar su nuevo gobierno al poco de proclamarse emperador [TEXTO 2].

El liderazgo de Séneca, patente en su ascendencia sobre Nerón, reunió también en su entorno a parte importante del Senado. El estoicismo que Lucano en *Farsalia* encarna en la figura de Catón, caracterizado por un espíritu de servicio y sacrificio absoluto a Roma, llegó a constituir una marca de identidad para quienes entre las altas instancias del Estado militaban en los mismos supuestos éticos y cívicos.

Columela en su *Praefatio*, refleja un ideario moral, social y económico, e incluso una visión cósmica del Universo, adscrita al ideario estoico del que participaban los *civitas nostrae principes* a quienes estaba destinada su obra agronómica. Para los estoicos la riqueza no se consideraba un beneficio personal. Ser rico era un deber público. El patrimonio no pertenecía a quien lo poseía, sino que

era un depósito transitorio, del que se rendía cuenta ante los propios hijos, los miembros del mismo *status* social y el conjunto de los ciudadanos. El Estado romano se configuraba en una jerarquía social censataria, basada en las gradaciones de riqueza de sus integrantes. Así pues, la fortuna era inseparable del rango social que cada cual obtenía. Séneca, al mismo tiempo que ejercía como consejero del Príncipe, justificaba en el tratado *Sobre la vida feliz*, que el sabio estoico podía tener riquezas, devolviendo el papel del dinero y del patrimonio personal a su auténtica naturaleza: servir de vínculo e integración social conforme la tradición romana [TEXTO 3a]. Columela no escatimó elogios a la agricultura por ser precisamente el instrumento más sabio para mantener un *status* económico elevado. La producción agrícola era la profesión que permitía alcanzar la más alta rentabilidad de la manera más honesta. Se unían armónicamente virtud y cohesión social a través del lícito enriquecimiento personal [TEXTO 3b].

El interés por las cosas del campo es compartido por Séneca, al que Columela califica de *uir excellentis ingenii atque doctrinae*. Así lo deja ver el ya exconsejero del Nerón en la carta 86 a Lucilio, donde su discurso se extiende sobre siembras, cosechas y trasplantes de olivares y vides; y, a propósito de un pasaje de *Las Geórgicas*, llega a contradecir a Virgilio con su propia experiencia agrícola, igual que suele hacer Columela en su obra, contraponiendo su práctica personal a lo transmitido por la literatura agrícola vigente en su época. El filósofo cordobés, incluso, reprocha al Vate Mantuano que no hubiera atendido a decir las cosas con mayor exactitud, sino con el mejor estilo, porque no había querido “enseñar a los campesinos, sino deleitar a sus lectores” (J. I. Armendáriz 2011: 173).

En cuanto a los otros modos de incrementar el patrimonio [TEXTO 4], el alegato pacifista que hace Columela contra la guerra de conquista tachándola de robo a mano armada a costa del sufrimiento de otros, tiene consonancia con la tesis filosófica (*epist.* 90, 26) y praxis política de Séneca. Éste fue resueltamente hostil a cualquier aventura militar, en la misma línea del consejo que dio Augusto a sus sucesores de no modificar las fronteras del Imperio (P. Grimal 2013: 152). Así lo hizo mientras su posición fue influyente en el *Consilium Principis*; por ejemplo, cuando los partos, tras saquear Armenia, desistieron de sus intenciones, conminados por negociadores enviados para que optaran por la paz (*Ann.* XIII, 7-9); o en Germania cuando se difundió el rumor de que el emperador había retirado a los legados el derecho a lanzar sus tropas contra el enemigo (*Ann.* XIII, 54, 1); o lo que Suetonio (*Ner.* 18) nos cuenta: que Nerón había pensado

hacer regresar las tropas de Britania, pero no lo hizo por vergüenza, para no dar la sensación de querer empañar la memoria de su padre adoptivo Claudio. Cuando Séneca se aleje de la escena política, el emperador cambiará de estrategia y se lanzará a nuevas empresas guerreras influido ya por otra camarilla distinta de intereses.

Las medidas de gobierno de Séneca, que pretendían cancelar los abusos del régimen de Claudio, tales como la prohibición de pagar a un orador para defender una causa (norma que debía impedir que los delatores ejercieran las extorsiones a las que se entregaban) [TEXTO 2b] las recoge Columela en su *Praefatio* cuando condena la “profesión canina” (*caninum studium*). La mayoría de los estudiosos, piensan que se refiere a los abogados (*causidici*), de los que Columela dice que “ladran a los más ricos en perjuicio de los inocentes y a favor de los culpables”. Otros opinan que se trata de la “delación”, tan extendida en la época de Tiberio, Calígula y, sobre todo, Claudio.

También Columela hace una crítica acerada contra la usura (*faeneratio*). Séneca, como todos los estoicos, condenaba la virgiliana *auri sacra fames*, el poder corruptor del dinero, que le quita el auténtico valor de las cosas, poniéndoles precio (*epist.* 115, 10-17); y en *De beneficiis* (I, 9, 5), publicada en torno al 61, condenaba a aquellos que para satisfacer su avaricia, despreciaban la pobreza ajena y afligían a los indefensos deudores con violencia y miedo usándolos como mercancía que podían comprar y vender a su antojo.

Columela rechaza los grandes latifundios desatendidos por sus dueños (I 3, 12) y se alza contra la grave crisis de subproducción de la agricultura italiana (I praef. 11). Séneca, lo mismo que su compatriota hispano, censura a quienes acumulan tierras del tamaño de lo que antes fue un imperio (*epist.* 89, 20), desposeyendo al vecino o con dinero o con injusticia (*epist.* 90, 39). Tácito confirma la dependencia alimenticia de Italia no por infecundidad, sino por preferir cultivar en las provincias, tanto en época de Tiberio, como de Claudio (*Ann.* III, 53-54 y XII, 43, 2).

El cuadro de lujos y vicios que el filósofo cordobés reprocha a sus conciudadanos en el tratado *De brevitae vitae* (7, 1-2) es muy similar al que pinta Columela cuando describe a quienes están ocupados por el vino y el placer carnal, y han cambiado el arado por los lupanares, consumiendo las noches en placeres y borracheras (I praef. 14-17). La crítica de Séneca al deseo de gloria, a la intriga y a todo lo que se apodera del alma y le impide desarrollar su propia excelencia (7, 3-10), tiene su reflejo en la mención que Columela hace a la pérdida de energía y tiempo que suponen el clientelismo y la servidumbre sin dignidad por mor de la ambición política (I praef. 10).

5. La retirada de las responsabilidades políticas de Séneca en el 62 puso al descubierto el triunfo de otra camarilla próxima a Nerón, favorable al ejercicio del poder personal del emperador de espaldas al Senado. En ese bando, al menos hasta el año 66, estaba Tito Petronio *Arbiter*, representante de las familias nobles itálicas, epicúreo y considerado rival ideológico de los postulados del grupo de presión coliderado por Séneca en el *Consilium Principis* y por Trasea Peto en la *Curia*. Las diferencias de Séneca y Petronio, además de tener un fundamento filosófico (estoico uno y epicúreo el otro) y político, de modo de entender el Estado Imperial, podía tener también un componente de enemistad personal, ya que Séneca se había burlado públicamente en la *Apocolocintosis* (14, 2) del padre P. Petronio, presentándolo como un “viejo convidado del emperador difunto, hombre disertado en la lengua claudiana”, dada la dificultad de habla y tartamudez de Claudio.

Petronio utiliza como martillo pilón contra el círculo de Séneca la parodia. Suele manejar el mismo material sacado de las obras de sus rivales políticos, para convertirlo en absurdas elucubraciones puestas en boca de personajes estúpidos o inmorales, de forma que resulten igualmente ridículos sus razonamientos o quede claro el tipo de seguidores que tienen sus ideas (J. Rodríguez Morales 1997: 253)

En efecto, del mismo modo que en otro pasaje de la novela se revuelve contra el poema épico de Lucano a través del *Bellum civile* cantado por el personaje Encolpio (A. Andino 2013: 15), cuando describe el modelo de explotación agraria en boca del liberto Trimalción, unido a las connotaciones despectivas que tal condición social tenía arraigadas en las clases altas, ridiculiza los postulados capitalistas de enriquecimiento y producción expuestos por Columela en su tratado sobre Agricultura.

En efecto, la inversión económica en terrenos agrícolas como mejor modo de colocar el capital e incrementar el patrimonio, aparece evocada en la febril y persistente vocación especulativa a gran escala de Trimalción, adquiriendo tierras, construyendo casas, comprando esclavos y animales (*Satyr.* 76, 8), pensando siempre en la rentabilidad de sus explotaciones. Y ese mismo afán por la rentabilidad de los terrenos del que hace gala el personaje ficticio de Petronio tiene su encarnación real en el interés inversor en suelo itálico que regía en aquellos tiempos entre el grupo de ricos provinciales asociados a los Anneos. Así Columela (III 3, 3) nos dice que el propio Séneca tenía una finca rústica con viñas muy productivas en la región nomentana. Plinio el Viejo (*Nat. Hist.* XIV 48-52) nos explica cómo Séneca, prendado de ella (*tanto praedii huius amore capto*), había

comprado esa propiedad al gramático Remio Palemón por el espectacular rendimiento de sus viñas a un precio cuatro veces superior al que lo vendió su anterior propietario. Una de las influencias del pensamiento estoico que fácilmente saltan a la vista en Columela es, sin duda, el trato humanitario a los esclavos (I 8, 15-20). Así también para Séneca, siguiendo a Crisipo, el esclavo no es una cosa, sino un asalariado a tiempo completo, con el que lo mismo que nos enojamos si hace menos de lo que debe, debemos estar agradecidos cuando cumple con su labor más allá de lo que está obligado (*De benef.* III 22, 1-2). Cuando Trimalción invita a su servidumbre a que se acerquen a los lechos donde estaban los invitados, comienza su discurso diciendo: “Amigos, los esclavos también son seres humanos” (*Satyr.* 71, 1). Y, a continuación, en clave de parodia, nombra a la retahíla de esclavos, a los que dice que les tiene prometida la manumisión por testamento y muchos bienes en herencia para que ya desde ahora lo amen tanto como si estuviera ya muerto [TEXTO 3_a]).

En fin, el catálogo de los alimentos servidos en la Cena de Trimalción son productos de todo lo que sus fincas le abastecen: cereales, viñedos y olivares, frutales y huertas, gallineros, corrales y colmenas, además de una piscifactoría marina. Son las mismas explotaciones que Columela trata: en el libro II, cereales; en los libros III y IV y principios del V, viñedos; en el libro V, frutales; en los libros X y XI, huertos; en el libro VIII, gallineros; en los libros VI y VII, corrales; en el libro IX, colmenas; en el final del libro VIII, piscifactorías (J. Rodríguez Morales, 1997: 249, n. 16).

6. Columela vive y escribe en el s. I d.C., que es considerado también el siglo hispano de las letras latinas por excelencia. De prosistas destacaron Séneca el Mayor o el Retórico, Pomponio Mela, Columela, Séneca y Quintiliano; de poetas, Séneca como escritor de tragedias en verso, Lucano y Marcial. Son los primeros autores postclásicos, que tienen presentes a la hora de producir sus obras modelos ya en lengua latina para desarrollar los géneros literarios que afrontan (A. Fontán, 1997: 18). Toda obra literaria, fuera de tema técnico, como el *De re rustica*, de verso épico, cual la *Farsalia*, o de carácter científico al estilo de las *Cuestiones Naturales* de Séneca o la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, obedecía necesariamente a los cánones de la retórica.

En efecto, allí donde Columela parece abrirnos sus sentimientos sobre la tarea que emprende y con más sinceridad parece empujar sus ideas al respecto, es en realidad un *topos* retórico, que tiene su cotejo en el patrón clásico de referencia. Así, la misma disquisición

que aborda en su *Praefatio*, y casi con los mismos términos de duda y reflexión, aparece en los prolegómenos de los tratados *Sobre el Orador* o de *El Orador*, de Cicerón. De hecho Columela, igual que Séneca (*epist.* 84, 5), entiende el oficio literario, como lo habían hecho los autores latinos ya clásicos respecto a la literatura griega; esto es, generando literatura a partir de la propia literatura [TEXTOS 5]. Por eso no le importa citar explícita y orgullosamente la obra ciceroniana de *El Orador*, que le sirve de inspiración para prologar su obra (TEXTOS 6_a y 6_b). Otro botón de muestra es el libro X escrito en verso, que, como dejó estudiado doña M.^a Luisa Picklesimer (1997: 160), recrea magistralmente la tradición no itálica autóctona, sino culta y literaria de los mitos en sus apelativos y caracterizaciones, hasta el punto de reproducir fielmente errores que se venían repitiendo también en los modelos latinos imitados. El mismo interés le lleva a citar sus fuentes bibliográficas, las que le van a servir de guía en su composición, sin perder por ello independencia crítica; pues evalúa en cada autor seguido tanto la validez del contenido que aporta, como la calidad de estilo literario.

En resumen, de sus páginas podemos averiguar tanto su modo de entender y afrontar la tarea de escribir como su adscripción ideológica. A este respecto ya hemos referido cómo todos sus planteamientos son de raigambre estoica, inspirados en el entorno de su líder y mentor. Su obra está ligada al círculo de provinciales que tienen en orgullo servir a Roma con sus recursos y conocimientos. Así, la versificación del libro X es un encargo explícito del hermano de Séneca, Junio Galión, para que sea la continuación de lo que Virgilio, el poeta áulico por excelencia, dejó sin tratar en sus *Geórgicas*. Idéntica misión asumió Lucano con su *Farsalia* para celebrar el triunfo del nuevo régimen de Nerón emulando el papel de la *Eneida* en la corte de Augusto.

Columela es plenamente consciente de que acomete una obra de “interés nacional”, al menos, hasta la publicación del libro X, mientras el clan en torno a Séneca todavía disfrutaba de cierta ascendencia sobre el emperador. Se sabe parte de un plan director de regeneración de la sociedad romana, de raíces ilustradas, que afronta los viejos problemas encallecidos de la agricultura romana. Pero no es un político. Sus afanes son técnicos y científicos: toda la teoría de la tradición bibliográfica ha de pasar por la práctica y la experiencia, ya que no existe disciplina alguna que no se aprenda a partir de los errores (*neque ulla est disciplina in qua non peccando discatur*). Propone por primera vez en la Antigüedad la creación de Escuelas de Agricultura. Estas garantizarían una práctica eficaz y adecuada de las labores del campo, cuyos importantísimos productos son la base

de la alimentación humana. Su apuesta no es un empeño solitario ni *dilettante*, sino un eslabón más del cambio preconizado por el círculo ideológico donde se siente integrado. Ahí está la obra de Petronio, de la facción opuesta, para contrastar la otra manera de entender los problemas del agro italiano, la de una élite egocéntrica y epicúrea, confiada en su riqueza personal sin importarle el perjuicio general, o que es también parte del problema y se aprovecha de la especulación en los abastecimientos procedentes de las provincias de ultramar.

Su obra, como la de sus paisanos hispanos comprometidos en la misma tarea, iluminó una época de renacimiento y esplendor que abarcó todos los órdenes de la cultura, la economía, la política y la filosofía. En ese tiempo de concordia y progreso se verbalizó un rechazo total y absoluto a la guerra y se exhibió un pacifismo militante inusual y desconocido hasta entonces en la capital del Imperio. Algo estaba pasando. La savia nueva de los provinciales entraba a raudales en la Roma del s. I d.C. (TEXTO 7).

TEXTOS

TEXTO 1: Tac. Ann. XI, 23:

Rechazo a la afluencia de provinciales al Senado: “En el consulado de Aulo Vitelio y Lucio Vipstano cuando se trató de completar el senado, los notables de la Galia llamada Comata, que ya tiempo atrás habían conseguido la condición de federados y la ciudadanía romana, pidieron el derecho de alcanzar cargos en la Ciudad, lo que provocó muchos y variados comentarios. Ante el príncipe se enfrentaban intereses contrapuestos: se afirmaba que Italia no estaba tan decaída que no fuera capaz de proporcionar un senado a su capital; que antaño los indígenas les habían bastado a los pueblos consanguíneos, y que no había que avergonzarse de la antigua república. Aún más, se recordaban todavía los ejemplos de virtud y de gloria que la casta romana había dado según las viejas costumbres, ¿era todavía poco el que ya los vénetos e ínsubres hubieran irrumpido en la curia, para meter ahora en ella a una tropa de extranjeros, como a un grupo de cautivos?; ¿qué honor les quedaba ya a los nobles supervivientes o a algún senador pobre del Lacio, si lo había? Decían que todo lo iban a llenar aquellos ricachones, cuyos abuelos y bisabuelos, jefes de pueblos enemigos, habían destrozado a nuestros ejércitos por la violencia de las armas y habían asediado en Alesia al divino Julio; [...] que gozaran en buena hora del título de ciudadanos, pero que no pretendieran rebajar las insignias del senado y los honores de los magistrados.”

TEXTO 2a: Tac. *Ann.* XIII, 4:

Programa de gobierno de Nerón, redactado por Séneca: “En fin, consumados los simulacros de duelo, compareció en la curia, y tras comenzar hablando del apoyo de los padres y del consenso del ejército, recordó que disponía de consejos y de ejemplos adecuados para ejercer el imperio de modo excelente, y que su juventud no estaba manchada por guerras civiles ni discordias domésticas; no traía consigo odios, ni resentimientos, ni afanes de venganza. Luego esbozó la imagen que iba a ofrecer su principado, repudiando especialmente las acciones motivadoras de resentimientos que todavía ardían frescos. En efecto —dijo—, él no iba a ser juez de todas las causas, de manera que, encerrados entre las cuatro paredes de una misma casa acusadores y reos, medrara el poder de unos pocos; en su hogar no habría venalidad ni daría paso a la intriga; había de mantener separadas su casa y la república. El senado debía conservar sus antiguas prerrogativas; Italia y las provincias senatoriales habían de acudir a los tribunales de los cónsules, que les facilitarían acceso al senado; él, por su parte, se ocuparía de los ejércitos que le estaban encomendados.”

TEXTO 2b: Tac. *Ann.* XIII, 5: *Gobierno de Nerón, guiado por Séneca:* “No faltó a su palabra, y muchas resoluciones se tomaron según el parecer del senado; así, que nadie se prestara por dinero o por regalos a defender una causa [...]”

TEXTO 3a. Sen. *De vita beata*, 23, 1-5 y 24, 3: *La riqueza, según el estoicismo:* “Tendrá el filósofo amplias riquezas, pero no arrebatadas a nadie ni tintas de sangre ajena, adquiridas sin perjuicio de ningún otro, sin sórdidas ganancias, y cuya partida sea tan honrada como su venida, que nadie deplora salvo el malintencionado. [...] Él, por supuesto, no va a rechazar la generosidad de la suerte, y de su patrimonio ganado por medios honrados, ni se envanecerá ni se avergonzará. [...] El sabio no admitirá en sus umbrales ningún denario que entre malamente; al mismo tiempo no rehusará ni cerrará el paso a los copiosos caudales, don de la fortuna y fruto de la virtud. [...] Dará [...] a los buenos o a los que pueda hacer buenos, dará escogiendo con extremada prudencia a los más dignos, como quien recuerda que hay que rendir cuentas tanto de lo gastado como de lo recibido, dará por motivos justos y plausibles [...] tendrá el bolsillo fácil, no agujereado, para que de él salga mucho y no se caiga nada. [...] La naturaleza me ordena ayudar a los hombres, que estos sean esclavos o bien nacidos libres o hijos de libertos, de libertad legalizada o concedida entre amigos, ¿qué más da? Donde quiera que hay un hombre, hay un lugar para el favor. Así pues, el dinero puede desparramarse también dentro de sus umbrales y practicar la liberalidad, que se

denomina así no porque se deba a los libres, sino porque procede de un espíritu libre.”

TEXTO 3b. Colum. Praef. 6-7, 10-11 *passim*: *La agricultura, el mejor modo de incrementar el patrimonio*: “Por ello me parece monstruoso [...] que se ha venido despreciando esta forma de ampliar y legar capital que carece de toda maldad; [...] Si tanto estas ocupaciones [*las citadas en TEXTO 4*] como las similares a éstas deben ser evitadas por la gente de bien, resta, según he dicho, una única manera digna y libre de acrecentar el patrimonio: la que procede de la agricultura.”

TEXTO 4. Colum. Praef. 7-9. *Los otros modos de incrementar el patrimonio*: “[...] pues los otros procedimientos de hacer fortuna, distintos y casi contrapuestos a éste, están muy lejos de ser justos, a no ser que consideremos más honesto el habernos enriquecido con los botines obtenidos de la guerra, la cual nada nos proporciona sin sangre y desastres ajenos. [...] ¿Es más decente la usura, odiosa incluso a aquellos a quienes parece socorrer? Tampoco es mejor la ocupación «canina» (como la apodaron los antiguos) de «ladrar» a los más poderosos en perjuicio de los inocentes y en favor de los perversos; atropello que, despreciado por nuestros antepasados, ha sido permitido por nosotros incluso dentro de las murallas y en el propio foro. ¿Tal vez debo considerar más honesto el acecho plagado de fingimientos del cliente a sueldo, que mariposea por los umbrales de los ricachones, y que debe adivinar por los ruidos si su patrón aún duerme?; pues ni los esclavos se dignan responderle si pregunta qué pasa dentro. ¿He de calificar de más afortunado el hecho de yacer —a menudo hasta bien entrada la noche— ante unas puertas ingratas, tras haber sido rechazado por un portero encadenado, y adquirir el honor de las fascas y el mando con el deshonor de la más detestable de las servidumbres, encima de agotar en ello el patrimonio? Pues no se paga este honor con una servidumbre gratuita, sino a fuerza de regalos”.

TEXTO 5. Sen. epist. 84, 5: *Hacer literatura a partir de la literatura*: “Te recuerdo que también nosotros hemos de imitar a las abejas y distinguir cuantas ideas acumulamos de diversas lecturas (pues se conservan mejor diferenciadas); luego, aplicando la atención y los recursos de nuestro ingenio, fundir en sabor único aquellos diversos jugos, de suerte que aun cuando se muestre el modelo del que ha sido tomado, no obstante aparezca distinto de la fuente de inspiración.”

TEXTO 6_a: Colum. Praef. 28-33. *Creación literaria de Columela a partir de modelo*.

Sin embargo, como muy correctamente escribió Marco Tulio en su “Orador” 17, [...]Y si faltara la fuerza de una inteligencia sobresaliente o el auxilio de unos elevados conocimientos, no debemos tornar en seguida al ocio y la inactividad, sino perseguir fijamente lo que sesudamente hemos concebido; pues, aunque aspiremos a la cumbre, también se nos verá con bastante honor en un segundo lugar. ¿No es verdad que las Musas del Lacio no acogieron en *sus* santuarios única mente a Accio y a Virgilio, sino que también concedieron sagrados asientos a los que estaban próximos a éstos, y a quienes quedaban lejos de los segundos? Aquellos célebres rayos de Cicerón no apartaron del estudio de la elocuencia a Bruto o a Celio, ni tampoco a Polión, Mesala o Calvo, pues ni el propio Cicerón se había arredrado ante los truenos de Demóstenes y Platón [...]; tampoco Briaxis, Lisipo, Praxíteles o Policleto, impresionados en época posterior por la belleza del Júpiter Olímpico y la Minerva de Fidias, sintieron vergüenza de probar qué podían hacer ellos y hasta dónde podían llegar.

TEXTO 6_b: Cic. *Orator*, 4-9, *passim*: *Modelo literario para la Praefatio*. “Y si a alguien le falta por su naturaleza esa fuerza propia de una gran inteligencia o está menos instruido en las técnicas de las artes superiores, que siga sin embargo el camino que pueda, ya que para el que persigue el primer puesto es honroso quedar en segundo o tercer lugar. ¿O es que entre los poetas sólo hay lugar para Homero, por hablar de los griegos, o para Arquíloco, Sófocles o Píndaro, pero no para los que van detrás de éstos e incluso detrás de los segundos? Además, en filosofía, la abundancia de Platón no impidió a Aristóteles escribir, ni el propio Aristóteles, con sus admirables conocimientos y abundancia, apagó la afición de otros. Y no sólo no han sido apartados de los estudios superiores los hombres sobresalientes, sino que tampoco los artistas han abandonado sus artes por no poder imitar la belleza del Jaliso que vimos en Rodas, ni la de Venus de Cos; ni los demás, disuadidos por las estatuas de Júpiter de Olimpia o del doríforo, han dejado de experimentar qué podían hacer o adónde podían llegar. [...] Así, podemos imaginar obras más hermosas que las estatuas de Fidias, más perfecto que las cuales vemos que no hay nada en el arte escultórico, y que los cuadros que he citado; y ello a pesar de que aquel artista, cuando creó su modelo de Júpiter o Minerva, no tenía ante sus ojos a nadie que le sirviera de modelo”.

TEXTO 7: Tac. *Ann.* III, 55, 3. *Aportación de los provinciales a la regeneración de las costumbres tradicionales romanas*: “Al mismo tiempo se multiplicaron las admisiones al senado de hombres nuevos, procedentes de los municipios y colonias e incluso de las provincias, los cuales introdujeron un tono de austeridad doméstica,

y aunque por fortuna o por industria los más de ellos alcanzaran una vejez opulenta, permanecía en ellos el espíritu primitivo”.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDINO SÁNCHEZ, ANTONIO DE PADUA, “La guerra y la paz en Lucano: la épica como discurso y arma política”, en Andrés Pociña Pérez y Jesús M.^a García González (eds.), *En Grecia y Roma, IV: La paz y la guerra*, Ed. Universidad de Granada, Granada, 2013.
- DELGADO SÁNCHEZ, M.^a CARMEN (1997), “La intensificación de las prácticas agrarias propuestas por Columela en relación con el contexto histórico-agrario de la Italia del siglo I d.C.”, en J. M.^a Maestre Maestre, Luís Charlo Brea y Antonio Serrano Cueto (eds.), *Estudios sobre Columela*, Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, Cátedra Municipal de Cultura “Adolfo de Castro” y Servicio Publicaciones Univ. Cádiz, 1997, 199-206.
- FONTÁN PÉREZ, ANTONIO (1997), “Escritores hispanos en el siglo de Columela”, en J. M.^a Maestre Maestre, ... (eds.), *Estudios sobre Columela, ...*, 1997, 15-34.
- GARCÍA ARMENDÁRIZ, JOSE I. (2011) “Los huertos de Columela: en prosa y en verso”, en J. L. Vidal, J. I. García Armendáriz, A. Egea (eds.), *Paulo Minora. Estudios sobre poesía latina menor y fragmentaria*, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2011.
- GONZÁLEZ HERRERO, MARTA (2001) *La promoción social de las élites del poder lusitano-romanas y su presencia en los círculos dirigentes de roma (siglos I-III)* Servicio de Publicaciones (Univ. de Oviedo).
- GRIMAL, PIERRE (2013), *Séneca*, Ed. Gredos, Madrid, 2013.
- MASTERS, J. (1992), *Poetry and civil war in Lucan's Bellum Civile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.
- PICKLESIMER, MARIA LUISA (1997), “Alusiones mitológicas en el libro X de Columela”, en J. M.^a Maestre Maestre, ... (eds.), *Estudios sobre Columela, ...*, 1997, 159-166.
- RAMOS JURADO, ENRIQUE ÁNGEL (2003), “Moderato de Gades: Estado de la cuestión. Cronología y forma de vida” en *Habis*, n.º 34, 2003, 149-160.
- RODRÍGUEZ MORALES, J. (1997), “Trimalción: un terrateniente de la época de Columela”, en J. M.^a Maestre Maestre, ... (eds.), *Estudios sobre Columela, ...*, 1997, 247-256.
- RODRÍGUEZ NEILA, F. (1997), “Gades en tiempos de Columela”, en J. M.^a Maestre Maestre, ... (eds.), *Estudios sobre Columela, ...*, 1997, 35-82.



Excavaciones en la antigua ciudad de Cyme.

ÉFORO DE CIME,
PRIMER HISTORIADOR UNIVERSAL

J. M. CAMACHO ROJO
Universidad de Granada

1. DATOS BIOGRÁFICOS

Es realmente poco lo que sabemos de la vida de Éforo, y los escasos datos que proporciona la tradición son confusos y muy discutidos por los estudiosos modernos. Sólo se puede afirmar con certeza que Éforo, natural de Cime, en Asia Menor, vivió y escribió en el s. IV a.C. Según el léxico *Suda*, su padre se llamaba Demófilo o Antíoco; se acostumbra a considerar preferible el primero porque es el que da el Pseudo-Plutarco (T 4) y coincide, además, con el nombre del hijo de Éforo, Demófilo, quien publicó el libro xxx de las *Historias* tras la muerte de su padre.

Para la fecha de su nacimiento contamos únicamente con un impreciso testimonio del léxico *Suda*, contradictorio, por lo demás, ya que informa que Éforo “tuvo su madurez” durante la olimpiada 93 (408-405 a.C.) y que fue discípulo de Isócrates. Del primer dato deduciríamos que Éforo se formó intelectualmente antes de los años a que hemos hecho alusión, lo que invalida que fuera discípulo de Isócrates, quien abrió su escuela en el 392. Marx intentó dar solución a este problema proponiendo los años 408-405 para el nacimiento de Éforo y el comienzo del reinado de Filipo para su *floruit*. Kluegmann encontró tal propuesta en concordancia con una cita de Eudocia, quien data la *akmé* de Éforo en los años 368-365 (olimpiada 103). En la actualidad la mayoría de los filólogos que se han ocupado de este problema reconocen la influencia de Isócrates en Éforo y admiten la posibilidad de que fuera su maestro. Lo que no podemos determinar es si tal relación tuvo reflejo en la obra del historiador a un nivel que trascendiese el estrictamente estilístico.

Respecto a la fecha de su muerte, la tradición no hace ninguna alusión directa. Por lo que podemos deducir, parece que Éforo vivió

lo suficiente para ver los primeros años del reinado de Alejandro, época en la que todavía estaba redactando sus *Historias*. Como no tenemos indicios de que escribiera con posterioridad a este tiempo, se calcula que su muerte se produjo en torno al 330 a.C.

2. OBRA

2.1. Obras atribuidas a Éforo

Las *Historias* son la obra por la que el nombre de Éforo ha pasado a la posteridad, pero la tradición le atribuyó también otras. De ellas, sólo pueden tomarse en consideración tres, la *Historia local*, *Sobre el estilo* y *Sobre los inventos*, ya que son las únicas de las obras menores a las que se atribuyen algunos fragmentos. De las restantes sólo nos quedan menciones y hay motivos bien fundados para pensar que o Éforo no las escribió o que son extractos de sus *Historias*.

2.2. Las *Historias*

2.2.1. Procedencia de los testimonios y fragmentos

El número de fragmentos (238) que nos han llegado se debe, en buena medida, a la popularidad de que gozó Éforo en el mundo antiguo y al amplio uso que de su relato hicieron autores tardíos como Diodoro, Estrabón, Nicolao, Plutarco, Pausanias y otros. El tema es particularmente problemático en el caso de Diodoro. Los estudios que versan sobre las fuentes de este autor coinciden en admitir que Diodoro tomó para los libros XI-XV de su *Biblioteca histórica*, y presumiblemente también para el XVI, la versión eforea de la historia de Grecia y Sicilia. Según esta interpretación, condicionada sin duda por el deseo de incrementar nuestro conocimiento de la historiografía helenística, Diodoro habría resumido y seguido con fidelidad a sus fuentes, de modo que resultaba evidente que largas partes de la *Biblioteca* podían aumentar sustancialmente el material disponible para el estudio de Éforo. Esta fue la opinión general durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, interpretación que, iniciada por Volquardsen, domina la monografía sobre Éforo de Barber, para quien “nuestro conocimiento de Éforo depende en gran medida de que él fuera la fuente principal de Diodoro, libros XI-XVI”. La publicación del papiro de Oxirrinco n.º 1610 y sus paralelismos con varios pasajes del libro XI de Diodoro contribuyó a consolidar esta idea, de modo que desde los primeros editores se supuso que se trataba de un papiro de Éforo. Grenfell y

Hunt sostuvieron que, a la luz del nuevo texto papiiráceo, resultaba evidente que Diodoro era un escritor de muy poca originalidad y que un futuro editor de los fragmentos de Éforo podía incluir con confianza la mayor parte del libro XI de Diodoro.

Una de las consecuencias inmediatas de esta tesis fue asignar a Éforo algunas de las deficiencias de la obra de Diodoro, como las confusiones cronológicas, los dobles y, sobre todo, los elementos moralizantes presentes en los libros XI-XVI de la *Biblioteca*, elementos que, como bien demostró Drews, no remontan a Éforo, sino que han de ser atribuidos al propio Diodoro. Esta es la tendencia común en los últimos tiempos en las investigaciones sobre la relación Diodoro-Éforo. Estos trabajos insisten en que no puede considerarse a Diodoro como un mero copista a través del cual llegan a nosotros los demás historiadores. Las coincidencias entre el papiro de Oxirrinco 1610 y el libro XI de Diodoro, por ejemplo, han sido minusvaloradas por Africa, quien subraya que “las semejanzas entre tal papiro (F 191 Jacoby) y el texto diodoreo sólo prueban que Diodoro y este fragmento tienen una fuente común, no que esa fuente sea Éforo”.

2.2.2. Fecha de composición

El problema de la composición de las *Historias* de Éforo originó a principios del siglo XX un gran debate que en la actualidad puede considerarse superado. La obra debió de estar completa en torno al 334. En esta línea se sitúan Tigerstedt y Carrata. Sin embargo, autores como Niese o Meyer situaban el conjunto de la obra después de la muerte de Alejandro e incluso en época de los diádocos. La conclusión más plausible es la de Jacoby: la composición de las *Historias* hay que situarla en la segunda mitad del siglo IV. Para los libros concretos se puede precisar más. Momigliano propone situar los diecinueve primeros libros antes del 346, dado que Teopompo los habría utilizado en sus *Helénicas*, aparecidas en torno al 346-343. Para algunos de los libros posteriores al XX Momigliano propone la época de Alejandro (igualmente Barber y Jacoby).

2.2.3. Organización del material y contenidos

A) Límites cronológicos de la obra

Éforo se propuso escribir una historia que abarcara las acciones de griegos y bárbaros desde el retorno de los heraclidas hasta el

asedio de Perinto por Filipo (341-340). Sería, pues, el primer escritor de una historia universal. Al iniciar su obra con el retorno de los heraclidas, quiso dar por sentado un principio de crítica histórica, considerando que el estudio de las épocas anteriores pertenece a la mitología y que la conquista doria del Peloponeso es el punto de partida de la civilización griega.

Más complicado es el tema del final de la obra. El primer problema que se plantea es el de si Éforo quiso terminar las *Historias* con el asedio de Perinto. Se ha insistido mucho en que éste no debió ser el final concebido por su autor y que a Éforo debió llegarle la muerte cuando escribía el libro xxvii, en el que narraba el asedio de Perinto, libro que estaría concebido para finalizar en el 336, con la muerte de Filipo.

Cabe también preguntarse si Éforo llevó todo su relato hasta el año 341-340 o si sólo lo hizo parcialmente. Hay que tener en cuenta que Éforo había omitido el relato de la guerra sagrada, quizás por considerar que merecía un tratamiento separado, y que su hijo Demófilo la escribió (libro xxx), posiblemente según las notas dejadas por el propio Éforo, para completar la obra del padre (T 9a y 9b). Se acostumbra a concluir, por tanto, que Éforo llevó hasta el año 341-340, con el asedio de Perinto, la parte de sus *Historias* relacionada con los bárbaros y con Filipo de Macedonia, a excepción de su intervención en la guerra sagrada, relatada por Demófilo en el libro xxx.

B) Procedimientos formales

Antes de iniciar el examen de la organización del material por libros en las *Historias*, conviene analizar ciertos procedimientos formales que empleó Éforo en su disposición, problema éste central para todo autor de una historia universal, debido a la extensión de sus contenidos.

a) La división en libros y el empleo de proemios

Éforo parece haber sido el primer historiador que dividió su obra en libros, encabezando cada uno de ellos con un proemio particular (T 10, 11, 12). Los motivos que lo llevaron a proceder de este modo pudieron ser varios. Hay que aludir, en primer lugar, al modo en que publicó sus *Historias*. Aunque nada conocemos al respecto, es razonable suponer que publicó su extensa obra por partes. En este sentido, la división por libros era una adecuada solución, aunque ello no debe implicar que Éforo publicara sus *Historias* libro a libro,

sino más bien varios libros a un tiempo. Nos consta, por otro lado, que el historiador de Cime situó al principio de su obra un proemio general y que, además, colocó al comienzo de cada uno de los 29 libros escritos directamente por él un proemio particular. Con este tipo de proemios, Éforo, además de conferir unidad a cada libro, podía indicar el lugar que ocupaba en el conjunto de su obra, de modo que, como asegura Polibio (XI 1), además de incitar a la lectura, facilitaba en gran medida su consulta.

b) La organización *katà génos*

Hemos de relacionar la división en libros y el empleo de proemios por Éforo con la información que nos proporciona un texto de Diodoro muchas veces comentado (T 11: TEXTO 1). Las diversas interpretaciones que se han hecho de este pasaje, cuya mayor dificultad radica en la exégesis de la expresión *katà génos*, podemos clasificarlas en tres grandes grupos: temática, topográfica o geográfica y mixta o polivalente.

α) Interpretación temática. El más conocido representante de esta interpretación, según la cual cada libro estaba construido en torno a un tema central que le daba unidad (“subject-system”), fue Barber, y, dado que su obra ha venido a ser la monografía de consulta obligada sobre Éforo, ha adquirido notable difusión. Un desarrollo de la interpretación temática sería la llamada “organización episódica”.

β) Interpretación topográfica o geográfica. Fue expuesta por Jacoby y la reactualizó Drews, quien aportó el testimonio de dos textos diodoreos (XI 20, 1 y xv 1, 1) que hacían prácticamente segura la opinión de Jacoby, según la cual Éforo habría dedicado cada libro de su obra a una de las más importantes áreas del mundo entonces conocido, constituyendo relatos cronológicamente paralelos e independientes.

Las conclusiones de Jacoby fueron matizadas por Lens, quien recordó que ya Momigliano había señalado cómo en Éforo la interpretación de la historia de Grecia se basa en el concepto de hegemonía y que estas ideas, importantes además por marcar un comienzo de revalorización de la obra eforea, fueron desarrolladas por Wickersham, para quien resulta del todo verosímil que Éforo hubiese convertido el problema de la hegemonía en un tema explícito de su historia. En este sentido, su explicación del ascenso y caída de las hegemonías estaría de acuerdo con ideas que se encuentran en otros escritores del siglo IV, particularmente Isócrates. Con estos antecedentes, Lens intentó precisar la interpretación de Jacoby: la organización era, en efecto, *katà génos* en el sentido de que eran narrados por separado

los hechos persas, griegos, de la Magna Grecia, macedonios, etc, pero, a su vez, la historia de la Grecia continental era referida también *katà génos*; es decir, lo era desde la perspectiva de los pueblos que sucesivamente fueron ejerciendo la hegemonía: el espartano, el ateniense, el espartano de nuevo, el tebano y, en último término, el macedonio. Esta interpretación permite explicar ciertas peculiaridades de las *Historias* de Éforo que tradicionalmente han creado dificultades a los estudiosos. El hecho de que los libros geográficos sean el cuarto y el quinto se explicaría por el deseo de Éforo de comenzar en el libro sexto la historia de Grecia desde la perspectiva de la hegemonía espartana, y dar en los tres primeros una visión general de la época temprana (a partir del retorno de los heraclidas) en la que no cabía determinar un poder auténticamente hegemónico.

γ) Interpretación mixta o polivalente. Finalmente, Vannicelli propuso una interpretación polivalente de la expresión *katà génos*. Una definición de esta expresión exige una reflexión sobre otro aspecto del problema, la relación entre *oikonomía katà génos* y la división en libros de las *Historias*, dado que Éforo figura entre los primeros en concebir tal división. Según la opinión común, cada libro era construido unitariamente en torno a un solo tema. Para Vannicelli esto es verosímil sólo en parte, ya que no se tiene en cuenta la posibilidad de que un solo libro tuviera más secciones unitarias o que un único tema abarcara más de un libro. Vannicelli defiende la hipótesis de que para Éforo, no menos que para Diodoro, narrar *katà génos* significa conferir unidad a la historia de un período, poniendo en primer plano un tema central, sin que esto implique que el historiador hiciera de su obra una especie de colección de monografías. El principio *katà génos* puede, a su vez, conjugarse con una estructura expositiva de tipo analítico. Así lo confirmaría el hecho de que Polibio, al defender su propio método de exposición, cite implícitamente a Éforo como uno de los *logiôtatoi tôn archaíon suggraphéon* (T 13). En definitiva, según Vannicelli, la expresión *katà génos* indica una articulación de la exposición en secciones, de la amplitud de parte de un libro o de un libro entero o incluso de más de un libro, a las que confiere unidad un tema que puede ser geográfico, histórico o biográfico.

C) Contenidos

Polibio elogia a Éforo (T 7) por ser el primero y el único en componer una historia universal y admira la amplitud del tema. No obstante, esta llamada historia universal tiene, como bien ha visto Burde, a Grecia como centro y casi debería denominarse panhelé-

nica. La mayor parte de los treinta libros está dedicada, en efecto, al mundo griego y sólo en la medida en que están relacionados con él se habla también de los pueblos bárbaros. Por otro lado, el hecho de relatar la historia del mundo bárbaro permite a Éforo resaltar la unidad panhelénica frente a él. El período de tiempo abarcado en su obra está concebido también dentro de los parámetros del mundo griego: desde la invasión doria del Peloponeso hasta el reinado de Filipo. Atendiendo a esta consideración, a la organización *katà génos* y a su vertebración según la sucesión de las hegemonías, de acuerdo con las ideas de Lens, podemos dividir con nitidez lo conservado de las *Historias* de Éforo en seis unidades de cinco libros cada una:

1.^a) Libros I-V: visión general de las primeras etapas de la historia griega y libros geográficos (IV: geografía de Europa, con Creta y el mar Negro; V: geografía de Asia y África). 2.^a) Libros VI-X: Grecia: hegemonía espartana. Resto: comienzo de la historia de Sicilia con los primeros asentamientos griegos en la isla y en todo el Mediterráneo occidental. Persia. Ciro y Creso. Rebelión de Jonia. Guerras médicas. 3.^a) Libros XI-XV: Grecia: hegemonía ateniense. Resto: Sicilia. Gradual expansión de Siracusa. 4.^a) Libros XVI-XX: Grecia: nueva hegemonía espartana. Sicilia: 409-392. Época de Dionisio I. Anábasis. 5.^a) Libros XXI-XXV: Grecia: hegemonía tebana. 6.^a) Libros XXVI-XXX: Grecia: hegemonía macedonia. Resto: Egipto y Persia. Sicilia: 392-¿344?

Una de las notas más destacables de esta relación de contenidos es el llamado fenómeno de aceleración de la historia: una misma unidad de medida, como en este caso el libro (tiempo de la enunciación) cubre lapsos de tiempo diferentes (tiempo de la materia enunciada). Este hecho da lugar a una de las características más notables de la historiografía griega, muy relacionada con el predominio que, desde el punto de vista de la metodología histórica, se le daba a la *autopsía*, a la percepción directa. Nos referimos al hecho de que cuanto más se aproxima al tiempo del historiador, más fuerte se hace la presión de la enunciación, lo que ocasiona una falta de proporción entre las partes, siendo inevitable en los últimos libros una acumulación de detalles desequilibrada en relación con las partes anteriores de la obra.

2.2.4. Concepción historiográfica

A) Fuentes

Uno de los problemas que plantea la concepción historiográfica de Éforo es la recogida del material. Nuestro autor parece haberse

servido, en primer lugar, de los historiadores que le precedieron, cuya obra debió consultar detenidamente no sólo para la historia del pasado, sino también, cuando era posible, para los sucesos contemporáneos. En adición a este abundante uso de literatura histórica, los fragmentos atestiguan el empleo de otras fuentes diversas: poetas (F 12, 42, 113, 118, 119, 123, 134, 146, 147, 149, 196, 216), documentos políticos como el tratado del rey Pausanias sobre la constitución lacedemonia (F 118); textos epigráficos (F 122, 199), datos arqueológicos (F 118, 127), oráculos (F 96, 118, 119, 150) y diversos materiales lingüísticos (topónimos, antropónimos, etimologías (F 1, 11, 20, 26, 31, 54, 113, 118, 134, 149, 154). En comparación con el uso que de las fuentes hacen Heródoto y Tucídides, el modo de proceder de Éforo supone un considerable cambio. Como contemporáneos o casi contemporáneos de los sucesos que describen, Heródoto y Tucídides definen la indagación histórica como una investigación basada en materiales primarios, esto es, en la *autopsía* y en las fuentes orales. El fundamento del método de Éforo es, por el contrario, la consulta de la literatura histórica existente. Su intención de escribir una historia universal desde los tiempos más antiguos hace obligada su dependencia de la literatura histórica anterior. Esta desviación de la metodología de Tucídides la ha valido a Éforo serias críticas por parte de los estudiosos modernos. Sin embargo, hay que tener en cuenta las diferencias existentes en las condiciones de trabajo de ambos autores: 1.º) mientras que Tucídides se limita a un asunto estrictamente contemporáneo, el relato de Éforo de su propio tiempo es parte de un trabajo mucho más extenso; 2.º) la investigación eforea sobre los asuntos contemporáneos tiene en tiempo y espacio una mayor extensión; 3.º) la vida política y militar del siglo IV a.C. había devenido, debido al policentrismo del mundo griego y al surgimiento de nuevas potencias, mucho más complicada que en la época de Tucídides, quien describe un conflicto claramente polarizado.

Actualmente nos resulta difícil saber en qué medida era el mismo Éforo consciente de la importancia que suponía el cambio del material primario al secundario para la elaboración de una obra histórica. Es muy probable que en el prefacio general abordara esta cuestión. Así parece indicarlo el F 9 (TEXTO 2) y, sobre todo, el 110 (TEXTO 3). Esta declaración sobre la presencia personal del historiador en los sucesos, en donde *ei dynatón ên* es una obvia referencia a la limitada aplicabilidad de la *autopsía*, sugiere que Éforo defendió la necesidad y legitimidad de su método histórico en relación con el de sus predecesores. Pero el hecho de hacer uso de la obra de sus predecesores no implica, sin embargo, una historiografía en la que

las fuentes se copian mecánicamente. Éforo era extremadamente crítico, por ejemplo, con Helánico (T 30a, F 19, 118 y 226) e hizo correcciones y adiciones a Tucídides y Heródoto.

B) Método crítico

En cuanto a la actitud crítica de Éforo, es necesario establecer una distinción entre su tratamiento de la historia antigua y la contemporánea. Para los historiadores griegos que habían basado su historia en la tradición oral la reconstrucción del pasado planteaba particulares problemas metodológicos. Heródoto y Tucídides lograron introducir un tiempo límite como criterio de certeza en el conocimiento histórico. Heródoto define el *spatium historicum*, esto es, el período del que él podía tener un conocimiento personal, como dos o tres generaciones antes de las guerras persas. Tucídides inicia y finaliza, en clara composición anular, su *Archaeologia* con anotaciones escépticas sobre la posibilidad de conocer *tà palaiá* (I 1, 1 y I, 20-21). Éforo no podía evitar una discusión sobre la edad oscura, pero lo hace, como sus predecesores, siendo consciente de los problemas que plantea un conocimiento bien fundamentado de tal época. Al respecto, parece haber centrado su atención en dos puntos: 1.º) la ausencia de una tradición escrita contemporánea a los sucesos más antiguos; 2.º) el hecho de que el género histórico era un logro cultural muy reciente. Este análisis no sólo subraya la importancia de la escritura en la creación de una tradición histórica fidedigna, sino también, y especialmente, la calidad de una tradición formada y comprobada por historiadores. Las medidas que toma Éforo respecto a tales consideraciones son éstas:

a) La exclusión del período mítico

Una primera decisión atañe a la exclusión del período mítico de sus *Historias*. (T 8: TEXTO 4). El establecimiento de una línea divisoria entre el período mítico y el histórico se debía a la conciencia general de una distinción entre una etapa heroica y una humana en la historia de Grecia, pero era también el resultado de un número de consideraciones críticas en relación a la calidad de la tradición mítica. El F 31b no deja lugar a dudas de que Éforo excluye el mito de la literatura histórica porque entra en conflicto con el criterio de verdad histórica. Los argumentos para justificar esta exclusión son cuatro: 1.º) su alejamiento en el tiempo; 2.º) las indicaciones cronológicas, que no permiten ningún tipo de prueba o refutación; 3.º) la variedad

y multitud de héroes, semidioses, etc; y 4.º) el hecho de que quienes han narrado las acciones y mitos de los tiempos más antiguos están en desacuerdo entre sí. De estos argumentos sólo el tercero cae fuera del alcance de la crítica histórica; los restantes llevan a la conclusión de que el período mítico no puede ser objeto de una investigación histórica que aspire a la veracidad. Esto no significa, sin embargo, que Éforo rehúya sistemáticamente toda referencia a un relato mítico. Lo hace en ocasiones como introducción a determinadas narraciones relativas al período histórico, en la línea que ya encontramos en Hecateo de Mileto de una interpretación racionalista de los mitos.

b) El uso del material primario

Para la historiografía antigua, el saber histórico se funda básicamente en la *autopsía*; es por ello un conocimiento que garantiza la fiabilidad y credibilidad del relato en la medida en que autor del relato y testigo coinciden. La *autopsía* se concibe como garante de verdad tanto de los hechos que se narran como del narrador mismo. Pero si la *autopsía* es, en este sentido, el método más seguro para escribir historia, es también, necesariamente, el más limitado. Para nuestro historiador, en efecto, el material primario no podía ser suficiente para escribir el relato que se proponía. La propia tradición histórica constituía su principal fuente de información. En comparación con la forma de proceder de sus predecesores, el método crítico de Éforo significa un importante avance. Los logógrafos, según Dionisio de Halicarnaso (*De Thuc.* 5), simplemente recordaban tradiciones históricas, sin adiciones u omisiones. Heródoto sigue el principio de *légein tà legόμενα* (III, 123; III 3, 9; IV, 195; VII 152), esto es, contar la tradición sin la obligación de creerla tal y como ha sido establecida. Con Antíoco de Siracusa comienza a operar el principio de una cualitativa selección de la tradición histórica. Éforo, a su vez, postula el principio crítico de que la precisión es una característica de credibilidad en materia de historia contemporánea, pero, en cambio, en relación a *tà palaiá* es poco fidedigna. En este sentido el F 9 (TEXTO 2) es bien preciso. Esta declaración de principios, que incluso hoy permanece como un axioma de crítica histórica, de hecho significa que Éforo quería confiar exclusivamente en fuentes que fueran contemporáneas a los sucesos descritos. Para el pasado, por tanto, desconfiaba de versiones más modernas que trataban de manera extensa *tà palaiá*. De acuerdo con esta línea metodológica, el tratamiento de Éforo del pasado más distante es relativamente breve y su relato gana en extensión y exactitud conforme se acerca a su propio tiempo.

C) Éforo y la historiografía retórica y moralizante

La idea de que con Éforo (o, en general, con los “isocráticos”, es decir, Éforo y Teopompo) adquiere carta de naturaleza la historiografía llamada retórica y moralizante está muy generalizada. El concepto de historiografía retórica es muy poco claro. Se suele entender en el sentido de que los discípulos de Isócrates pretendían que la historia buscara más la persuasión que la información del lector. Sin embargo, una impresión de tal índole no se deduce de los fragmentos de Éforo. El concepto de historiografía moralizante parece mejor definido: el historiador procuraría ante todo la edificación moral del lector mediante la adjudicación sistemática de elogios y reproches a los personajes históricos. A partir de la lectura de los fragmentos es también abusivo atribuir a Éforo tal característica, que sí posee (de modo homogéneo, y no únicamente en los libros XI-XVI) la *Biblioteca* de Diodoro. Los orígenes de la tendencia moralizante en la historiografía griega no han de ser localizados exclusivamente en el ámbito de la escuela isocrática, sino también, antes, en el de la socrática.

2.2.5. El sistema conceptual de Éforo relativo a las hegemonías

La retórica isocrática ha sido considerada habitualmente como el fundamento de las *Historias* de Éforo, insistiéndose, sobre todo, en la trascendencia del principio didáctico-moral de la enseñanza de Isócrates. Sin embargo, el discurso histórico de Éforo parece conformado más bien a partir de criterios ético-políticos como principio de explicación de los acontecimientos históricos. Se ha supuesto que Éforo alcanzó relativamente pronto un sistema conceptual con el que juzgaba toda la historia griega. El núcleo de tal concepción estaría constituido por una reflexión sobre el problema de la hegemonía, que partía de la convicción de que no era posible que la ostentase durante largo tiempo un estado que careciese de una forma elevada de civilización. Nuestro historiador parece haber otorgado especial importancia a la determinación de tipo geográfico, pero sobre todo a los valores ético-políticos tal y como se articulaban en el *éthos* de un pueblo, en su *politeía*. La más lúcida interpretación del sistema de conceptos con que Éforo juzgó la historia griega la debemos a Momigliano. Un texto fundamental a este respecto lo constituye el F 119 (TEXTO 5), donde el autor expresa su opinión sobre la hegemonía tebana. Según este texto, se acostumbra a pensar que para Éforo los tebanos perdieron pronto la hegemonía por carecer de *agogé* y

paideía y por menospreciar *lógon kai homilías*. La única excepción coincide con el momento en que el valor natural de los tebanos estuvo potenciado por la *paideía* de sus representantes, en especial Epaminondas. Con este tema se suele relacionar un pasaje del libro xv de Diodoro (xv 39: TEXTO 6). Esta *areté* de Epaminondas es una *areté ek paideías*. Pero sucede que para la escuela isocrática la *paideía* es la principal virtud de Atenas. La *paideía* ateniense posibilita y tiene su señal visible en el *lógos*, del que, según el fragmento 119, carecen los tebanos. El *lógos* es para Isócrates la única superioridad del hombre sobre el animal; es la base misma de la vida política y confiere a quien lo posee una superioridad que le permite gobernar a los demás. Por tanto, según esta interpretación, Atenas ostentó la hegemonía porque poseyó la *paideía*. En cuanto a Tebas, el culto a los héroes permitió a Éforo creer que sólo Epaminondas, por haber poseído la *paideía*, que con carácter general faltaba a sus conciudadanos, pudo llevar a cabo aquello para lo que su ciudad estaba negada, por lo que ésta perdió la hegemonía inmediatamente después de su muerte.

Siguiendo esta misma interpretación, la otra cualidad que le faltó a Tebas para mantener su hegemonía fue la *agogé*. Si con el término *paideía* Éforo hace alusión a Atenas, con *agogé* está aludiendo a Esparta. La diferencia del tipo de educación, intelectual en aquella, física y moral en ésta, es el motivo de la diferenciación terminológica, aunque *paideía* y *agogé* conservan una sustancial identidad en cuanto ambas expresan una educación cívica. A Esparta la constitución de Licurgo le aseguró varios siglos de hegemonía. Éforo ha elogiado el régimen de Licurgo, pero en su elogio está implícita la condena por la decadencia de Esparta, pues el abandono por Pausanias del hábito moral que acompañaba a su constitución, la vieja *agogé*, provocó la pérdida de la hegemonía. En el caso de Esparta, Éforo se enfrentaba a una idealización de su sistema constitucional, que en el pensamiento político de su siglo es considerado causa primordial de la prosperidad de los estados. En el caso de Tebas nos hallamos también ante deficiencias de tipo constitucional, pero aquí hay que tener en cuenta asimismo el criterio de la “Zeitgeschichte”: cuando escribe este juicio general sobre la historia de Grecia, Éforo vive, como historia contemporánea, los intentos hegemónicos de Tebas y su fracaso. Pero además es importante señalar, según Mazarino, la trascendencia de los orígenes eolios de nuestro historiador y su vinculación no sólo a Lesbos, sino también a Beocia. De ahí su especial sensibilidad por el auge y fracaso de los tebanos. Hay, en definitiva, en la obra de Éforo una concepción orgánica en que la grandeza y

la decadencia de una ciudad encuentra su explicación en un motivo ético-político: no se puede ostentar la hegemonía sin *paideía* y la correspondiente *areté*.

2.2.6. Estilo

Para conocer el estilo literario de las *Historias* de casi nada nos sirven los fragmentos: las citas textuales son escasas y en las no textuales es poco probable que se conserve la expresión originaria. Incluso quienes estiman que Diodoro sigue fielmente a Éforo reconocen que la *Biblioteca* nos ayuda poco en este sentido. No tenemos otros datos de su estilo que los proporcionados por los testimonios y en ellos las contradicciones son evidentes. Polibio y Diodoro son los únicos en ponderarlo. La mayoría de los autores, por el contrario, afirman que era descuidado y carente de atractivo. Dionisio de Halicarnaso mantiene que, siendo un imitador de Isócrates, quedó muy por debajo de éste en la expresión. Sin embargo, el elogioso juicio de Polibio (T 23) ha llevado a pensar que Éforo escribió pasajes realmente brillantes, sobre todo en sus digresiones, en los proemios y probablemente en los encomios y discursos. En el resto de su producción se consideraba falto de vigor, lo que se relaciona con su lentitud en el trabajo; de aquí la popular anécdota de que Isócrates afirmaba que Teopompo necesitaba el freno y Éforo la espuela. En cualquier caso, debió cuidar bastante la forma: según Cicerón (T 29) habría cultivado la prosa rítmica, lo que se ha de poner en relación con el influjo de la épica en el discurso histórico.

2.2.7. Influencia de la obra histórica eforea. Valoración general

Éforo es considerado por la tradición antigua como un historiador de innegable mérito. Polibio, habitualmente muy crítico con sus predecesores, es notablemente generoso en su elogio del historiador de Cime, lo que no implica que no reconozca sus defectos. Para él Éforo fue un historiador de biblioteca, lo que, desde su punto de vista, se hace evidente cuando describe conflictos militares. Referencias a la inexactitud de Éforo se encuentran también en otros autores como Timeo, Diodoro y Séneca, pero sus afirmaciones prueban indirectamente que disfrutó de una gran reputación por *acribeia*. Así Flavio Josefo lo sitúa entre los *akribéstatoi syggrapheis* (T 14a). En general, los diversos testimonios que nos han llegado coinciden en reflejar

la gran influencia de la obra eforea, que representó a lo largo de la antigüedad la *vulgata* de la historia griega hasta la época de Alejandro. Esta influencia fue tal que incluso pudo haber determinado un hecho formal de transmisión. En efecto, la obra de los historiadores griegos y latinos se nos ha transmitido, con excepción de las que se han conservado íntegras y de aquéllas que cabían en un único códice, por grupos de cinco libros. Canfora pensó que este hecho podía obedecer a la influencia ejercida por una obra de autoridad y prestigio, decantándose por Livio. Lens matizó y rectificó en parte estas ideas, argumentando que tal obra bien podría ser la de Éforo, cuyas dos principales características, la organización *katà génos* en lo formal, y su articulación según la sucesión de las hegemonías, en lo que atañe a los presupuestos ideológicos, permiten hoy dividir con nitidez lo conservado en seis unidades de cinco libros cada una. Esta hipótesis presenta la ventaja, entre otras, de la propia localización cronológica en el siglo IV a.C., etapa temprana de la tradición historiográfica antigua, lo que hace posible su influjo sobre el modo en que los historiadores posteriores concibieron la organización de sus obras. Al respecto es más que significativa la estima que Polibio manifiesta por Éforo en ciertos pasajes. Puesto que la influencia de Polibio sobre Livio no ofrece duda, puede concluirse diseñando una línea Éforo-Polibio-Livio que sería, en definitiva, la que condiciona la forma de transmisión de la historiografía antigua.

La considerable reputación e influencia de Éforo en el mundo antiguo, su importancia en la investigación moderna sobre las fuentes de la historia griega y su valor intrínseco como escritor de una obra histórica universal son razones más que suficientes para el estudio de su obra. Sin embargo, en la cada vez más abundante literatura moderna sobre la historiografía antigua, son relativamente pocos los estudios independientes dedicados a nuestro autor. La única monografía existente, la de Barber, no refleja el estado actual de nuestro conocimiento de Éforo, no sólo por el descubrimiento de nuevos fragmentos, sino también porque un considerable número de estudios recientes han abierto el camino para una nueva visión de Éforo en la que sus métodos historiográficos sean evaluados más justamente que en el libro de Barber. Entre estos estudios cabe destacar el de Alcalde Martín, cuya introducción y traducción de los fragmentos de Éforo hemos seguido. Ha señalado Treves, con razón, que Barber cierra una etapa en la investigación moderna altamente crítica respecto a nuestro historiador, reñida con la favorable reputación que tenía en la antigüedad. Que las opiniones de antiguos y modernos sobre Éforo sean tan divergentes puede ser sintomático de la dificultad y

delicada tarea que supone la justa evaluación de un historiador de cuyo trabajo sólo nos han llegado fragmentos.

TEXTOS

1. T 11 (D.S. V 1, 4): “Éforo, en cambio, al componer su historia universal, acertó no sólo en el estilo, sino también en la organización; hizo, en efecto, que cada uno de los libros abarcara los hechos *katà génos* (por áreas)”.

2. F 9 (Harp. *s.u.* “*archaios*”): “En cambio, Éforo, en el libro uno de sus *Historias*, en el que refiere que los autores más recientes tratan de los hechos antiguos, lo interpretó de un modo peculiar: «A los que hablan muy meticulosamente de los hechos ocurridos en nuestro tiempo los consideramos los más fidedignos; en cambio, a los que disertan del mismo modo sobre acontecimientos pasados los tenemos por los menos dignos de crédito, pues suponemos que no es verosímil que sean recordados absolutamente todos los hechos ni la mayoría de los discursos después de tanto tiempo»”.

3. F 110 (Plb. XII 27,7): “Éforo, pues, dice que si fuera posible que los mismos (*sc.* “los que componen obras históricas”) asistieran a todos los acontecimientos, esta forma de conocimiento sería, con mucho, superior a las demás”.

4. T 8 (D.S. IV 1, 2): “Por ello, los historiadores posteriores más reputados se apartaron de la antigua mitología a causa de su dificultad y emprendieron la tarea de exponer los hechos más recientes. En efecto, Éforo de Cime, discípulo de Isócrates, quien se había propuesto escribir una historia universal, pasó por alto los antiguos relatos míticos y, organizando los hechos a partir del retorno de los heraclidas, hizo de éste el comienzo de su historia”.

5. F 119 (Str. IX 2, 2): “Elogia, pues, a esta tierra por estas razones, y afirma que está naturalmente dotada para la hegemonía; pero que, al no haber hecho uso de una instrucción ni una educación cuidadosa (*agogé kai paideía*) sus gobernantes sucesivos, aun cuando alguna vez la llevaron al éxito, durante poco tiempo la mantuvieron en él, como demostró Epaminondas, pues justo tras su muerte los tebanos perdieron la hegemonía, sin haber llegado más que a probarla; y la causa fue el menosprecio del *lógos* (diálogo) y del trato social

(*homilias*), y el ocuparse exclusivamente de la excelencia militar (*tês katà pólemon aretês*)”.

6. D.S. XV, 39:): “Los tebanos, que sobresalían por su fuerza física y proezas y que habían vencido ya a los lacedemonios en numerosas batallas [...] aspiraban a la hegemonía sobre tierra. Sus esperanzas se vieron cumplidas debido a las causas que hemos mencionado y a que en aquellos tiempos tuvieron buenos jefes y generales. Los más ilustres eran Pelópidas y Epaminondas. Éste sobresalía especialmente en valor y en inteligencia estratégica. Había recibido la educación (*paideía*) más completa posible, sobre todo de filosofía pitagórica [...] Realizó extraordinarias hazañas gracias a la viveza de su inteligencia y a la excelencia moral que le había proporcionado su educación”.

BIBLIOGRAFÍA

1. Ediciones y comentario

JACOBY, F., *FGrHist* n.º 70, II A, pp. 37-109; II C, pp. 22-103.

2. Estudios

2.1. Generales

ALCALDE, C., *El historiador Éforo: introducción, traducción y notas*, Granada, 1980.

BARBER, G. L., *The historian Ephorus*, Cambridge, 1935.

PARMEGGIANI, G., *Eforo di Cuma. Studi di storiografia greca*, Bolonia, 2011.

2.2. Particulares

2.2.1. Procedencia de los testimonios y fragmentos

AFRICA, TH. D., “Ephorus and Oxyrhynchus papyrus 1610”, *AJPh* 83 (1962), pp. 86-89.

VOLQUARDSSEN, C. A., *Untersuchungen über die Quellen der griechischen und sizilischen Geschichten bei Diodor, Buch XI-XVI*, Kiel, 1868.

2.2.2. Fecha de composición

CARRATA, F., “Sulla composizione delle *Storie* di Eforo”, *AAT* 81-83 (1947-1949), pp. 147-160.

2.2.3. Organización del material y contenidos

DREWS, R., “Ephorus and history written *katà génos*”, *AJPh* 84 (1963), pp. 244-255.

VANNICELLI, J., “L’economia delle *Storie* di Eforo”, *RFIC* 115 (1987), pp. 165-191.

2.2.4. Concepción historiográfica

MOMIGLIANO, A., “La Storia di Eforo e le Elleniche di Teopompo”, *RFIC* N.S. 13 (1935), pp. 180-204.

SCHEPENS, G., “Historiographical problems in Ephorus”, en *Historiographia antiqua. Commentationes Lovanienses in honorem W. Peremans*, Leuven, 1977, pp. 95-118.

2.2.5. El problema de la hegemonía

MOMIGLIANO, A., “L’egemonia tebana in Senofonte e in Eforo”, *A&R* 2 (1935), pp. 101-117.

WICKERSHAM, J., *Hegemony and Greek historians*, Diss. Princenton, 1971, pp. 193-284.

2.2.6. Estilo

KALISCHEK, A. E., *De Ephoro et Theopompo Isocratis discipulis*, Diss. Münster, 1913.

2.2.7. Influencia de la obra histórica de Éforo

LENS, J., “Transmisión pentádica de historiografía griega antigua e *Historias* de Éforo”, *Códice* 1 (1985), pp. 47-50.



Marco Aurelio muestra su clemencia hacia los vencidos. Bajo relieve del Arco de Marco Antonio. Museos Capitolinos (Roma).

MARCO AURELIO “EN PERSONA”

F. JAVIER CAMPOS DAROCA
Universidad de Almería

Acerca de Marco Aurelio (121-180) estamos relativamente bien informados por las fuentes que habitualmente se usan para escribir la historia. Pero se da la feliz circunstancia de que, además, disponemos de dos series de documentos del todo inusuales para un emperador: una colección de cartas relativamente amplia de su correspondencia privada con su maestro Frontón y una serie de anotaciones personales, a cuya recopilación los traductores modernos suelen dar el título de *Meditaciones* y nosotros, por las razones que daremos más adelante, *Pensamientos*.

De estos documentos ninguno parece pensado para su divulgación, al menos de manera inmediata y en el estado en que los conocemos, más allá de su destinatario en el caso de las cartas. En el caso de las anotaciones, es probable incluso que no estuvieran destinadas a nadie más que a la misma persona que las escribió. Así lo entendió al menos quienquiera que fuera la persona que los tituló en la forma en que aparecen en la primera edición impresa y no tenemos razón alguna para dudar de su criterio. Son, pues, en ambos casos, testimonios de la vida de Marco Aurelio y no de su figura histórica.

Por un azar curioso, cartas y apuntes se complementan cronológicamente en la vida de Marco Aurelio. Las primeras pertenecen a los años de juventud y primera madurez, mientras que hay acuerdo en considerar que los Pensamientos fueron escritos con bastante probabilidad en los cinco años últimos de su vida. Este contraste se acentúa si consideramos el talante y ánimo del que escribe en uno y otro caso, diferentes hasta el punto de hacernos fácilmente imaginar que tratamos con personas distintas. El lector voraz que asoma en las cartas, que solicita de su maestro libros, ejercicios, correcciones y consejos con una atención y afectuosidad extremada, deja paso en las notas filosóficas al hombre que exclama “¡Deja ya los libros!”

(ii 1) y tiene para sus semejantes una benevolencia no exenta de paternalismo que puede resultar irritante en los tiempos que corren. ¿Y quién reconocería al padre solícito que da noticia puntual de la fiebre de su hija y los desvelos que le ha provocado en el hombre que se recomienda a sí mismo las durísimas máximas de Epicteto para poner en práctica la disposición a aceptar lo que sucede? (xi 34; cf. viii 49; ix 40)

A su vez, estos testimonios son, como decíamos, complementarios de la figura histórica de Marco. Como tal Marco Aurelio es nombre al que cabe referir una vida históricamente significativa, crucial en la evolución política y social del Imperio romano. Nos las hemos ni más ni menos que con el emperador en cuyo reinado comienza el fin del mundo antiguo y, sin duda, el último, tal vez el único, que se tomó en serio la ficción de que Roma era en esencia la misma república de los antepasados. Referidos a una figura de tanta importancia que figuró pronto entre los modelos del buen gobierno, las expectativas que generan los documentos personales son considerables. Y sin embargo, considerados en relación con su imponente figura política, estos testimonios provocan una cierta decepción.

De las cartas se esperarían sin duda revelaciones sobre sus ideas políticas y sus decisiones administrativas, sobre sus proyectos e ideales, pero sólo rara vez encontramos algo parecido; en su lugar, hallamos pormenorizada noticia de su esfuerzo por formar su escritura, de sus gustos literarios, de sucesos familiares de la vida cotidiana. A su vez, se esperaría de sus notas filosóficas una información más abundante en doctrina estoica, especialmente bienvenida en una literatura filosófica tan maltratada por la transmisión, como es el estoicismo antiguo y medio; en su lugar, encontramos breves anotaciones, entre aforismos y pequeños ensayos, a veces simples sentencias o citas de opiniones famosas sin más comentario, sin orden aparente, sin demasiada originalidad doctrinal. Como en las cartas, no se halla mención explícita alguna a acontecimientos significativos de su reinado, a sus famosas campañas, a sus acciones políticas o administrativas más señaladas, a sus planes como gobernante de uno de los imperios más extensos de la historia conocida.

La decepción tiene, sin duda, su causa principal en el privilegio del que ha gozado la historia monumental, si bien debe tener también parte en ella una tendencia característicamente moderna a privilegiar, a propósito de una figura de esa especie, un tipo de interrogantes urgentes en el mundo en que vivimos. Y éstos no son otros que los que suscita el filósofo que da en político, o la política vinculada a la filosofía en la medida en que aquella realiza o, al modo de las

teorías modernas, implementa las ideas más rigurosas sobre el bien y la justicia que esta ha pergeñado. Podemos con toda propiedad llamar a esta inclinación (dominante en la modernidad, más vigorosa aún en la postmodernidad) y a sus avatares “platonismo político”.

No nos referimos de este modo propiamente a la recepción de las doctrinas de Platón en cualquiera de sus modalidades, sino a la necesidad perentoria de plantear, ante un pensamiento filosófico, lo que significaría unido al poder, lo que ha sido y lo que podría ser como idea eficaz, y medir sus resultados con nuestro propio nivel histórico.

De entrada conviene señalar que, tal vez, ningún otro hombre haya llegado tan preparado a esa posición extraordinaria que fue la de un emperador romano, una posición de poder creada por acumulación excepcional de poderes en una persona en el medio de una cultura política republicana, es decir, celosa de cualquier forma unipersonal de poder. Una larga nómina de maestros velaron por su formación bajo la estrecha vigilancia de sus tutores. Del peso de su influencia, sin asomo de angustia, da pormenorizada relación el propio Marco en el libro primero, a cuyo texto y notas remitimos para más detalle. Apenas pasada la adolescencia se ve asociado a un puesto de poder para el que no había en propiedad nombre. Desde los diecisiete años, Marco Aurelio pasó veintitrés junto a su padre adoptivo aprendiendo día a día el oficio extenuante de mandar un imperio y fue emperador durante unos veinte años más, contra su voluntad, hemos de creer, dada la prisa que se dio en asociar a su hermano adoptivo al gobierno. El total no tenía paralelo desde Augusto.

Por el otro lado de la relación platónica, su formación filosófica, tan exigente como la dedicación al gobierno (“filósofo en todo”, como lo describe un autor bizantino), se remonta también a la primera juventud y prosiguió hasta su muerte con una intensidad creciente e, incluso, con un episodio de “conversión” filosófica. Así pues, ningún otro personaje conocido de la historia romana pone los términos de la cuestión tan disponibles a un examen a la manera “platónica”.

Y ciertamente, la tendencia a “platonizar” es ya antigua. En efecto, lo primero que menciona su biógrafo es su condición de filósofo (SHA Marco, I 1: “A Marco Antonino, varón que durante toda su vida se dedicó a la filosofía [...]”), y en la relación que sigue de su vida no desaprovecha la ocasión de señalar los efectos de su filosofía. Significativamente, nos cuenta que se podía con frecuencia oír de boca del emperador aquel famosísimo dicho del divino maestro de que los filósofos habían de gobernar, o los gobernantes ser filósofos, si es que queríamos ver el fin de las desdichas humanas.